

El socialismo

---

Max Weber

**Max Weber**

**El socialismo**

## El socialismo (1918)<sup>1</sup>

Muy distinguidos señores:

Es la primera vez que me cabe el honor de dirigir la palabra al círculo de oficiales del real e imperial ejército, y por eso comprenderán ustedes que me resulte un tanto embarazoso. Sobre todo, porque me son desconocidas por completo las circunstancias internas del funcionamiento del real e imperial ejército; esas condiciones previas determinantes de las que depende la influencia de la oficialidad sobre la tropa. Huelga decir que el oficial de la reserva y de la milicia no pasa nunca de ser un mero aficionado, y ello no sólo porque le falta la preparación científico-militar, sino también porque le falta el contacto permanente con el sistema nervioso interno de la institución. De cualquier modo, sin embargo, una persona que, como yo, ha estado sirviendo algunas temporadas durante varios años en el ejército alemán en los más diversos lugares de Alemania, cree tener la suficiente idea de las relaciones entre oficiales, suboficiales y tropa como para, por lo menos, poder juzgar qué clase de influencia es *posible* y cuál difícil o imposible. Naturalmente, en lo que concierne al ejército real e imperial no tengo la menor idea al respecto. Todo lo más que sé de su situación interna es que en su seno existen problemas de tipo práctico realmente ingentes, que para mí se derivan simplemente ya del lenguaje mismo. Algunos oficiales de la reserva del ejército real e imperial han intentado explicarme repetidas veces cómo se consigue mantener ese contacto con la tropa que se requiere, precisamente, para ejercer cualquier tipo de influencia sobre ella más allá de lo estrictamente oficial, y ello aun sin conocer propiamente su lenguaje. Por lo que a mí respecta, sólo puedo hablar a partir de mi experiencia alemana, de modo que, para empezar, me voy a permitir hacer algunas observaciones previas sobre la forma con que se ha desarrollado dicha influencia entre nosotros.

Estas observaciones las voy a hacer «mirando desde abajo». Me explicaré: en mis viajes por Alemania, a veces frecuentes, me había impuesto como norma viajar siempre en tercera clase, a no ser que se tratara de viajes muy largos y me esperara un trabajo muy fatigoso. De ese modo, con el paso del tiempo conseguí entrar en contacto con muchos centenares de personas que volvían del frente, o se dirigían a él, precisamente en una época en que se había

---

<sup>1</sup> Max Weber dio clases en la Universidad de Viena durante el semestre de verano de 1918 (de abril a julio) en la cátedra de Economía política que había ocupado Fugen von Philippovich. Durante ese período recibió una invitación a pronunciar una conferencia sobre el socialismo, cursada por la «Oficina de defensa contra la propaganda enemiga» que había creado el ejército de Austria-Hungría. Los objetivos para los que se había creado esa oficina eran contrarrestar las tendencias de disolución existentes en los sectores no alemanes del ejército de Austria-Hungría, para lo que ofrecía cursos de formación patriótica.

Max Weber pronunció su conferencia sobre el socialismo en el marco del segundo curso organizado para los oficiales (del 26 de mayo al 15 de junio). La intervención de Weber tuvo lugar el día 13 de junio de 1918. La conferencia se publicó posteriormente como folleto separado en Viena, «Phübus» Kommissionsverlag Dr. Viktor Pimmer, sin indicación de año.

La traducción de la conferencia *Der Sozialismus* se hace sobre el texto de la edición crítica Max Weber Gesamtausgabe, vol. I/15, *Politik im Weltkrieg*, editado por Wolfgang J. Mommsen y Gangolf Hübinger, Munich, 1984, pp. 599-633.

J. A.

empezado a practicar entre nosotros lo que se entendía como una campana de instrucción a cargo de los oficiales. Gracias a ello, y sin haberme propuesto de antemano aprovechar la ocasión para preguntar a la gente o hacer que me contaran cosas, escuché opiniones de lo más diversas sobre el asunto. Por donde he de añadir que casi siempre fueron hombres de mucho fiar, que creían firmemente en la autoridad de los oficiales; sólo en muy contadas ocasiones me encontré con alguien que tuviera una postura distinta. y el caso era siempre éste: que muy pronto se tendría que reconocer inevitablemente la enorme dificultad que entrañaba dicha campana de instrucción. Un asunto en concreto era lo siguiente: tan pronto empezaba a surgir la sospecha de que lo que se pretendía era fomentar directa o indirectamente una política de *partida*, sea de la índole que fuera, la mayoría de la gente se volvía recelosa. Pues ocurría que cuando iban a casa de permiso se juntaban con sus amigos de partido, y después resultaba lógicamente difícil mantener una relación de verdadera confianza con ellos. Existía, asimismo, otra dificultad no menor: es cierto que la gente reconocía sin reparos la competencia del oficial en materia militar; así lo he podido comprobar siempre y en todas partes, por más que, naturalmente, también en Alemania se lanzaba en ocasiones algún que otro improperio unas veces contra los mandos, otras contra cualquier otra cosa; sin embargo, en principio no se ponía nunca en duda la autoridad. Con lo que sí podía encontrarse uno, por el contrario, era con el siguiente parecer: al fin y al cabo, cuando se nos instruye por parte de los oficiales sobre nuestra vida privada y cuando a ella atañe no se puede olvidar el hecho de que la oficialidad pertenece a un estrato profesional distinto del nuestro, y que el oficial, aun con toda su mejor voluntad, no puede hacerse cargo de nuestra situación en igual medida que nosotros mismos, que somos quienes estamos tras la máquina o el arado. Esto es lo que una y otra vez se ponía de manifiesto en buena cantidad de opiniones, en parte ingenuas, por lo que a mí me daba la impresión de que por culpa de una forma equivocada de instrucción podía quedar mermada la autoridad de los oficiales también en el terreno de lo militar, donde resulta absolutamente indiscutible, y ello porque la gente no aceptaba incondicionalmente dicha autoridad en aquellos ámbitos que consideraba como terreno suyo propio. No ahora, aunque sí en otro tiempo, se ha cometido a menudo otro error en la polémica con el socialismo. Por muy buenas razones se ha desistido ya hace tiempo de seguir la táctica, otrora empleada por los adversarios de la social-democracia, de confrontar a los obreros con este reproche relativo a los funcionarios sindicales y del partido: «Bien mirado, éstos son los que viven, en el sentido material de la expresión, de los cuartos de los obreros, y bastante más que los empresarios.» Porque obvia decir que a ello replicara cualquier obrero como sigue: «Naturalmente que viven a mis expensas. Efectivamente, yo les pago. Pero precisamente por eso me son leales, dependen de mí, y sé que así se obligan a defender mis intereses. Que no se me venga, pues, con ésas. Eso bien vale los cuatro cuartos que me cuesta.» Con razón, pues, se ha renunciado a intentar desacreditar por esa vía al grupo de intelectuales encargados en todas partes de elaborar las consignas, los lemas y, díganlo ustedes, sin reparo ninguno, los tópicos vacíos con que se opera sin excepción en todos los partidos, incluidos, naturalmente, también los partidos de izquierda y el partido socialdemócrata. En mi opinión, hay que congratularse especialmente de que en Alemania se haya establecido un saludable *modus vivendi* con los sindicatos. Cada cual es libre de pensar como quiera sobre los sindicatos. También ellos cometen necedades. No obstante, precisamente desde el punto de vista militar ha sido muy inteligente adoptar esa postura frente a los sindicatos. Pues, al fin y al cabo, representan algo que también es peculiar de las instituciones militares. Dejemos de lado la opinión que cada cual pueda tener respecto de la huelga. La mayoría de las veces se trata de una lucha de intereses, de una lucha salarial. Pero muy a menudo se lucha no sólo por un aumento de salario, sino también por cosas ideales: por el honor tal como lo quieren entender los obreros —lo que con ello se significa es algo que cada cual define para sí—. El sentido del honor, la solidaridad entre los camaradas en una fábrica o en un mismo ramo profesional

los mantiene unidos, y ése es, en definitiva, un sentimiento sobre el que también descansa la cohesión de las instituciones militares, sólo que la orientación no es la misma. Y como, nos guste o no, no existe ningún medio para eliminar las huelgas — lo único que se puede es elegir entre asociaciones de este tipo reconocidas públicamente o clandestinas —, me parece sensato incluso desde el punto de vista militar situarse en el plano de un hecho como éste: las cosas son así, y mientras uno pueda componérselas con dichas personas, y éstas, por su parte, no pongan en peligro intereses *militares*, hay que pactar con ellas igual que, de hecho, ha ocurrido en Alemania. Esta es mi opinión personal.

Ahora quisiera entrar ya en el tema por cuyo motivo he tenido el honor de ser invitado por ustedes, que es de una naturaleza tal, que se necesitaría todo un semestre para poder tratarlo en profundidad (ése es el tiempo que se suele dedicar para exponer materias como ésta a estudiantes universitarios avanzados): la situación del socialismo y qué postura adoptar frente a él. Para empezar, he de advertir que existen «socialistas» de las más variadas clases. Hay gente que se llama socialista, pero a la que ni un solo socialista de partido, sea de la orientación que sea, reconocería nunca como tal. Todos *los partidos* de naturaleza socialista pura son hoy en día partidos *demócratas*. Me gustaría empezar haciendo precisamente unas concisas reflexiones sobre este carácter demócrata. ¿Qué se entiende hoy por demócratas? Este punto tiene mucho que ver con el tema. Naturalmente, aquí solo puede tratarlo con toda brevedad. Democracia puede significar cosas enormemente dispares. Aunque, ben mirado, sólo viene a significar esto: que no existe ninguna desigualdad formal en cuanto a los derechos políticos entre las distintas clases de la población. ¡Pero qué consecuencias más distintas puede tener eso! En la democracia de corte antiguo, en los cantones suizos de Uri, Schwyz, Unterwalden, Appenzell y Glarus, se congregan todavía hoy día todos los ciudadanos en una gran plaza — en Appenzell son 12.000 personas con derecho a voto; en otros sitios, de 3.000 a 5.004 —, y tras las debidas deliberaciones votan sobre todos los asuntos, desde la elección del «Landammann» hasta una nueva ley fiscal o cualquier otro asunto de la administración, levantando la mano. Sin embargo, si recorren las listas de los «Landammann» que han venido siendo elegidos desde hace cincuenta o sesenta años en esta democracia suiza de viejo estilo, les resultara chocante lo a menudo que se repiten ciertos nombres, o cómo hay determinadas familias que han detentado estos cargos ya desde antiguo; es decir, que ha existido ciertamente una democracia de derecho, pero que esta democracia ha sido administrada de hecho aristocráticamente. Y ello por una razón tan sencilla como la de que a todo comerciante no le era posible desempeñar el cargo de «Landammann», por ejemplo, sin abandonar su negocio a la ruina. Había de tratarse de alguien «disponible» en sentido económico, y eso sólo puede serlo, por lo general, una persona que tenga bienes. O ha de estar muy bien pagado y tener la vida asegurada mediante una pensión. A la democracia no le queda más que esta alternativa: o ser administrada de manera barata por gente rica a base de que los cargos sean honoríficos, o de manera cara por funcionarios profesionales a sueldo. Esto último, la creación de un cuerpo de funcionarios profesionales, es el destino que les espera a todas las democracias modernas en que no basta para su funcionamiento el cargo honorífico, o sea, a los Estados con grandes masas de población. En esa situación se encuentra ahora América. Teóricamente, las cosas están allí igual que en Suiza. La elección de una gran parte de los funcionarios de cada Estado y del presidente de toda la Unión, no se realiza mediante asambleas federales, pero sí mediante el voto directo o indirecto. El presidente nombra al resto de funcionarios de la Unión. La experiencia que se ha hecho en esto es que, en general, los funcionarios *nombrados* por el presidente elegido superan con mucho en cuanto a la calidad de su rendimiento y, sobre todo, en cuanto a su integridad a los funcionarios salidos de las elecciones populares, y ello porque, lógicamente, al presidente y al partido que lo apoya los hacen responsables los electores de que los funcionarios por ellos

nombrados posean, cuanto menos en cierta medida, las aptitudes que el elector espera de los mismos.

Pero este tipo de democracia americana, basado en que cada cuatro años, cuando cambia el presidente, tienen que cambiar, además, los 300.000 funcionarios que a él le corresponde nombrar, así como, también cada cuatro años, todos los gobernadores de los respectivos Estados y sus correspondientes miles de funcionarios, este tipo de democracia está llegando a su fin. Lo que hasta ahora se tenía era una administración de diletantes; pues todos estos funcionarios, designados por el partido, eran nombrados según el principio de que habían servido al partido y como recompensa se les daba el cargo. Su cualificación profesional no importaba gran cosa; hasta hace poco no se reconocía formalmente en la democracia americana ninguna clase de examen o algo similar. Antes al contrario: a menudo se mantenía el criterio de que, por así decirlo, el cargo debía pasar por turno de unos a otros para que todos pudieran pasar una vez por el abrevadero.

Sobre esto he hablado muchas veces con obreros americanos. El verdadero obrero americano yanqui ocupa un nivel muy alto en la escala de salarios y de capacitación. El salario de un obrero americano supera el de más de un profesor supernumerario de universidad. Son personas que han asimilado por completo las formas de la sociedad burguesa, que se presentan en público con chistera y acompañados de sus esposas —que quizá no tienen tantos modales o tanta elegancia como una «lady», pero que, por lo demás, se comportan exactamente igual que ella —, mientras que los emigrantes venidos de Europa fluyen hacia las capas inferiores de la sociedad. Cuando se me presentaba la ocasión de hablar con alguno de tales obreros yo solía decirle: no comprendo cómo os dejáis gobernar por la gente que os han puesto en esos cargos, pues como del sueldo que cobran tienen que entregar una parte en concepto de cuota al partido, y, como al cabo de cuatro años han de abandonar su cargo sin derecho a pensión, es lógico que procuren sacarle todo el jugo posible: ¿cómo, pues, os dejáis gobernar por ese grupo corrompido que os roba a ojos vistas centenares de millones? La respuesta típica que se me solía dar, y que con el permiso de ustedes quiero repetir ahora literalmente en toda su crudeza, era ésta: «Da lo mismo. Hay bastante dinero para ser robado y siempre quedará algo de sobra para que otros puedan ganar su parte —también nosotros—. Nosotros escupimos a esos *professionals*, a esos funcionarios; los despreciamos. Pero si ocupara los cargos una clase con estudios y títulos, como ocurre entre vosotros, serían ellos entonces los que nos escupirían a nosotros.»

Eso era lo más decisivo para ellos: el miedo de que se creara un cuerpo de funcionarios tal como el que ya existe en Europa; una plantilla permanente de empleados públicos profesionalmente capacitados y especializados en las universidades.

Naturalmente, ya hace mucho que ha llegado el momento en que tampoco América puede ser gobernada por simples aficionados. El cuerpo de funcionarios profesionales se va ampliando a gran velocidad. Se ha introducido el examen de aptitud profesional. De momento, sólo formalmente obligatorio para determinados funcionarios de índole algo más técnica, pero cada vez se va extendiendo más. Entre los funcionarios que han de ser nombrados por el presidente ya hay actualmente unos cien mil que sólo pueden recibir su nombramiento tras haber pasado un examen. Con ello se ha dado el primero y más importante paso de cara a una reforma de la antigua democracia. Y con ello también ha empezado la universidad americana a desempeñar un papel totalmente distinto al de antes, a la vez que se ha transformado radicalmente su espíritu. Pues, cosa que no siempre se tiene en cuenta fuera de América, han sido las universidades americanas y las clases sociales en ellas educadas, y no los proveedores de armamento que operan en todos los países, los promotores de la guerra. Cuando estuve allí en 1904, sobre lo que más me preguntaban los estudiantes americanos era sobre esto: cómo se realizan en Alemania los duelos entre estudiantes y cómo se procede para hacerse la típica cicatriz en la cara. Tenían esto por una institución caballeresca; también

ellos querían tener un deporte así. Lo serio de este asunto es que la bibliografía propia de mi especialidad había hecho suyo este sentir. La conclusión que pude sacar precisamente de las mejores obras de entonces fue ésta: «Hay que felicitar de que la economía mundial haya tomado un rumbo tal, que se acerca el momento en que se va a hacer lucrativo (*a sound business view*) arrebatarse unos a otros el comercio mundial por medio de la guerra; entonces se acabarán, por fin, para nosotros los americanos los tiempos en que no éramos más que simples acaparadores de dólares sin dignidad; entonces volverá a regir el mundo el espíritu guerrero y caballeresco.» Como se ve, se imaginaban la guerra moderna al estilo de lo ocurrido en la batalla de Fontenoy, donde el heraldo francés había pregonado a los enemigos ingleses: «¡Caballeros ingleses, les toca disparar a ustedes primero!» Consideraban la guerra como un deporte entre caballeros, que vendría a reemplazar esta sucia caza tras el dinero por una especie de sentimiento distinguido. Ya ven: esta casta juzga a América exactamente como, por

la experiencia que yo tengo, es juzgada a menudo en Alemania, y saca también, por su parte, las consecuencias al respecto. De esta casta han salido los estadistas más importantes. El resultado que esta guerra tendrá para América será el de que se convertirá en un Estado con un gran ejército, con un cuerpo de oficiales y un aparato burocrático. Por entonces ya tuve ocasión de hablar con oficiales americanos que estaban muy poco de acuerdo con las exigencias que les planteaba la democracia en su país. Una vez, por ejemplo, estaba yo con la familia de una hija de un colega, y la sirvienta se les acababa de ir; allí valía para el personal de servicio un plazo de despido de sólo dos horas. En ésas llegaron los hijos, cadetes de la marina, y la madre les dijo: «Tenéis que salir ahora a barrer la nieve, porque, si no, me va a costar cien dólares de multa al día.» Los hijos acababan de estar con oficiales de la marina alemana y replicaron que eso desdecía de ellos. A lo que dijo la madre: «Si vosotros no lo hacéis, tendré que hacerlo yo.»

Esta guerra le reportará a América el desarrollo de una burocracia y, de ese modo, oportunidades de ascenso a la gente salida de las universidades (que es su lógica consecuencia); en suma: se pondrá en marcha una europeización de América con la misma velocidad, por lo menos, con que se dice que está sucediendo la americanización de Europa. La democracia moderna, cuando se trata de grandes potencias, se convierte en una democracia burocrática. Y así tiene que ser, pues en ella se sustituye a los aristócratas de alcurnia o a otros funcionarios no remunerados por un cuerpo de funcionarios a sueldo. Es inevitable, y eso es lo primero con que también ha de contar el socialismo: la necesidad de una capacitación profesional de varios años, de una especialización profesional cada vez más intensa y de una dirección a cargo de un cuerpo de funcionarios preparados al efecto. De otra forma no es posible dirigir la economía moderna.

Esta inevitable burocratización universal es lo que, muy en particular, se esconde tras una de las frases socialistas más citadas: la de la «separación del obrero de los medios de producción». ¿Qué significa eso? El obrero, se nos dice, está «separado» de los medios materiales con los que produce, y en esta separación se basa la esclavitud salarial a que se ve sometido. Al decir esto se piensa en el siguiente hecho: en la Edad Media, el trabajador era dueño de los utensilios con que producía, mientras que un asalariado de hoy, evidentemente, ni lo es ni lo puede ser, y ello tanto si la mina o la fábrica en cuestión son explotadas por un empresario privado, como si lo son por el Estado. También significa lo siguiente: el artesano compraba él mismo las materias primas que transformaba, cosa que no ocurre ni puede ocurrir hoy en el caso del asalariado; consecuentemente, el producto quedaba en la Edad Media y queda todavía donde sigue existiendo el artesanado a la libre disposición de cada artesano, que podía venderlo en el mercado y explotarlo en provecho propio, mientras que en las grandes fábricas de hoy no queda en propiedad del obrero, sino de quien es dueño de estos medios de producción, bien sea, como ya se indicaba antes, el Estado, bien sea un empresario

privado. Esta es la verdadera situación actual, pero se trata de una situación que de ningún modo es peculiar del proceso de producción económico. Eso mismo constatamos también, por ejemplo, en el ámbito de la universidad. El antiguo profesor o catedrático de universidad trabajaba con la biblioteca y los medios técnicos que él mismo encargaba y adquiría, y así producían los químicos, por poner un caso, todas aquellas cosas que necesitaban para trabajar científicamente. El grueso de quienes trabajan hoy en la universidad moderna, especialmente los trabajadores de los grandes institutos, se encuentran a este respecto exactamente en la misma situación que cualquier obrero. Pueden ser despedidos en todo momento. Dentro de las dependencias del instituto no tienen otros derechos que los obreros en el recinto de la fábrica. Al igual que éstos, también ellos han de someterse al reglamento fijado. No tienen ningún derecho de propiedad sobre los materiales o aparatos, máquinas, etc., que se utilizan en un instituto físico o químico, en uno anatómico o clínico; todo eso es de propiedad pública, aunque bajo la administración del director del instituto, que se encarga de cobrar las tasas correspondientes; el asistente, por su parte, percibe un sueldo que no difiere esencialmente del de un obrero cualificado. Exactamente lo mismo encontramos en el ejército. El Caballero de otrora era dueño de su caballo y de su armadura. De alimentarse y armarse tenía que ocuparse él por su cuenta. La constitución militar de entonces se basaba en el principio del autoequipamiento. Tanto en las ciudades antiguas, como también en los ejércitos de caballeros feudales de la Edad Media, cada uno se tenía que agenciar su armadura, su lanza y su caballo, y traerse los víveres. El ejército moderno surgió en el momento en que se introdujo el menaje de los soberanos, es decir, cuando el soldado y el oficial (que ciertamente son algo distinto del funcionario, pero que en este sentido son equiparables a él) dejaron de ser dueños de los instrumentos bélicos. En esto se basa, precisamente, la cohesión de los ejércitos modernos. También por eso no tuvo posibilidad durante mucho tiempo el soldado ruso de huir de las trincheras, ya que existía este aparato del cuerpo de oficiales, de la intendencia y de los demás funcionarios, y todos sabían en el ejército que su existencia entera y, por supuesto, su alimentación dependían de que funcionara este aparato. Todos ellos estaban «separador» de los instrumentos bélicos, al igual que el obrero lo está de los medios de la producción. En la misma situación que un Caballero se hallaba un funcionario de la época feudal, es decir, un vasallo investido de la soberanía administrativa y judicial. Tenía que pagar de su propio bolsillo los gastos de la administración y de la justicia, y para ello recaudaba impuestos. Estaba, pues, en posesión de los medios administrativos. El Estado moderno surge a raíz de que el soberano incorpora eso a su propio menaje, emplea a funcionarios a sueldo y con ello consume la «separación» de los funcionarios de los medios de trabajo. Por todas partes, pues, lo mismo: los medios de producción en el seno de la fábrica, de la administración pública, del ejército y de los institutos universitarios quedan concentrados merced a un aparato humano burocráticamente organizado en las manos de quien rige este aparato. Esto se debe, en parte, a razones de tipo puramente técnico, a la naturaleza de los modernos medios de producción: máquinas, cañones, etc.; pero en parte, también, sencillamente a la mayor eficacia de esta clase de acción conjunta de las personas: al desarrollo de la «disciplina», de la reglamentación del ejército, de la administración, del taller, de la empresa. De cualquier modo, es un error grave considerar que esta separación del obrero de los medios de producción es algo exclusivo y peculiar de la *economía privada*. Este estado fundamental de las cosas no cambia lo más mínimo cuando se sustituye a la persona que rige dicho aparato; cuando, por ejemplo, manda en él un presidente estatal o un ministro, en lugar de un fabricante privado. La «separación» de los medios de producción sigue persistiendo en cualquier caso. Mientras existan minas, altos hornos, ferrocarriles, fábricas y máquinas, nunca serán propiedad de uno solo o de varios obreros en idéntico sentido a como los medios de producción de un ramo artesanal eran en la Edad Media propiedad de un maestro gremial, de una cooperativa artesana local o

de todo un gremio. Eso es algo que queda excluido por la naturaleza misma de la técnica moderna.

Frente a este hecho, ¿qué puede significar, pues, *socialismo*? (como ya hemos señalado, este término es susceptible de múltiples acepciones. Esto es lo que, habitualmente, se piensa como opuesto a socialismo: sistema de economía privada, esto es, un orden en que el abastecimiento de la demanda económica esta en manos de empresarios privados, o sea, se lleva a cabo a base de que estos empresarios se procuran mediante contratos de compra y de trabajo los medios materiales de producción, el personal administrativo y la mano de obra, y producen bienes y los venden en el mercado bajo su propio riesgo económico y con la esperanza de obtener una ganancia.

Este sistema de economía privada ha sido caracterizado por la teoría socialista con el emblemático título de «anarquía de la producción», porque todo depende en él de que el interés particular de cada empresario en la venta de sus productos, su interés en obtener una ganancia, funcione de tal modo que, a impulso suyo, quede asegurado el abastecimiento de cuantos necesitan estos productos.

Ahora bien: la cuestión de qué necesidades han de ser cubiertas de manera empresarial en una sociedad dada, es decir, por el sector privado, y cuáles no lo pueden ser de manera privada, sino —en el sentido más amplio de la palabra— socialista, o sea, de acuerdo con una organización planificada, ha ido variando a lo largo de la historia.

En la Edad Media hay repúblicas que, por ejemplo Génova, llevaron a cabo sus guerras coloniales en Chipre a través de sociedades en comandita por acciones, las así llamadas «maonas». Estas sociedades reunían el dinero necesario, contrataban a los correspondientes mercenarios, conquistaban el país, recibían la protección de la república y, naturalmente, explotaban los territorios para su particular beneficio a base de plantaciones agrícolas o del cobro de tributos. De manera semejante fue conquistada la India para Inglaterra por medio de la *East India Company*. El condotiero de finales de la era renacentista italiana también pertenecía a esta misma categoría. El último de ellos, Wallenstein, también reclutaba sus huestes en nombre propio y con su dinero, a sus arcas iba a parar una parte del botín que hacía su ejército y, por supuesto, solía poner como condición que el príncipe, rey o emperador le abonara una determinada suma en pago por su actuación y para cubrir sus gastos. Todavía en el siglo XVIII, aunque con algo menos de autonomía, el coronel era un empresario que tenía que encargarse él mismo de alistar y vestir a los reclutas, y que, aunque para equiparse recurría en parte a los almacenes del príncipe, actuaba siempre a riesgo propio y en beneficio personal. Así pues, se consideraba como algo de lo más normal que las empresas bélicas se llevaran a cabo como un negocio privado, cosa que hoy nos parecería intolerable.

Por otro lado, a ninguna ciudad ni a ningún gremio de artesanos del Medievo les habría resultado jamás imaginable que se pudiera confiar al libre comercio, sin más, el abastecimiento de cereales de la ciudad, o el aprovisionamiento del gremio con las material primas imprescindibles que había que importar para que los maestros pudieran hacer su trabajo. Al contrario: ya desde antiguo, en Roma a gran escala, y durante toda la Edad Media, tenía que encargarse de ello la propia ciudad y no el libre comercio, que sólo intervenía en plan de complemento. Algo semejante ocurre ahora en los tiempos de la economía de guerra, en que existe una cooperación, una «estatalización», como está de moda decir hoy, de amplios sectores de la economía.

Lo característico de nuestra situación actual es que la economía privada, unida a una organización burocrática también privada y, por tanto, con separación del obrero de los medios de producción, se ha apoderado de un sector que en toda la historia hasta ahora jamás había ostentado con tal claridad ambas características a la vez, el sector de la producción *industrial*. Eso, por un lado; por otro, también es característico que este desarrollo coincide



con la introducción de la producción mecánica en la fábrica, es decir, con una concentración masiva de los obreros en un mismo espacio local, con una sujeción a la máquina y con una común *disciplina* de trabajo dentro de la sala de máquinas o de la mina. Es, sobre todo, esta disciplina la que le otorga a la forma actual de «separación» del obrero de los medios de producción su nota peculiar.

De estas condiciones de vida, a partir de la *disciplina* del trabajo fabril, ha nacido el socialismo moderno. En todas partes, en todo tiempo y en todos los países del mundo, ha habido socialismo de las más diversas clases. Pero el socialismo moderno, en su peculiar singularidad, sólo es posible sobre esta base.

Esta sumisión a la disciplina fabril es sentida por el obrero industrial de una manera extraordinariamente intensa, porque, por ejemplo, a diferencia de una plantación de esclavos o de una finca de vasallos feudales, la moderna empresa industrial se basa en un proceso de *selección* singularmente riguroso. Un fabricante de hoy no emplea a cualquier obrero que se le presente solo porque esté dispuesto a aceptar un salario bajo. Lo que hace es que lo pone a trabajar en la máquina con un salario a destajo, y le dice: «Pues bien; ahora a trabajar, y ya veremos después qué es lo que ganas.» Y si esta persona no se muestra capaz de ganarse un determinado salario mínimo, se le dirá: «Lo sentimos mucho, pero usted no aprovecha para este oficio y, en consecuencia, no podemos emplearlo.» Será rechazado porque no se le puede sacar a la máquina todo su rendimiento si tras ella no hay alguien que sepa hacerlo. Así, o de forma similar, ocurre en todas partes. Al contrario de las explotaciones de esclavos de la antigüedad, donde el amo estaba ligado a los esclavos, la muerte de uno de ellos le suponía una pérdida de capital, la moderna empresa industrial se asienta sobre este principio de la selección; selección que, por otro lado, se agrava enormemente por la competencia que existe entre los empresarios, que obliga a cada uno de ellos a someterse a determinados máximos salariales: al imperativo de la disciplina corresponde el imperativo del salario del obrero.

Cuando hoy en día se presenta el obrero al empresario, y le dice: «Con estos salarios no podemos salir adelante; deberías pagarnos más», en nueve de cada diez casos naturalmente, en tiempos de paz y en ramos en que existe una competencia realmente fuerte puede recurrir el empresario a sus libros para replicar: «Eso no es posible; la competencia paga estos y estos salarios; si os pago a cada uno tal o cual cantidad más, desaparecen de mis libros los beneficios que podría repartir a los accionistas y ya no habría forma de mantener a flote la empresa porque los bancos no me darían más créditos.» Y muy a menudo esta diciendo sólo la pura verdad. A esto se añade, además, que la rentabilidad, bajo la presión de la competencia, depende de que se pueda prescindir de la mayor cantidad posible de trabajo humano y del que por su alta remuneración le resulta demasiado caro a la empresa, utilizando en su lugar nuevas máquinas que ahorran trabajo, o sea, substituyendo a obreros «cualificados» por «no cualificados», o por obreros de «capacitación acelerada» recibida directamente en la propia máquina. Esto es algo inevitable y que sucede de continuo.

Todo esto constituye lo que el socialismo califica de «dominio de las cosas sobre las personas», que quiere decir, de los medios sobre el fin (la satisfacción de las necesidades). Según él, mientras que en el pasado teníamos personas individuales a quienes se podía hacer responsables del destino de los clientes, siervos o esclavos, en la actualidad ya no ocurre así. Por eso no se alza contra personas, sino contra el sistema de producción en cuanto tal. Cualquier socialista científicamente instruido se negará categóricamente a hacer responsable a un empresario particular del destino que pueda sufrir un obrero, y dirá: de eso hay que hacer responsable al sistema, a la situación forzosa en que se encuentran ambas partes por igual, tanto el empresario como el obrero.

Visto ahora desde el lado positivo, ¿qué representa el socialismo frente a este sistema? En el sentido más amplio de la expresión, lo que también se acostumbra a denominar «economía colectiva». Esto es: un tipo de economía en que, en primer lugar, no existiría el afán de lucro,

o sea, en que no ocurriría que los empresarios seguirían dirigiendo la producción por su propia cuenta y riesgo. En lugar de ello, estaría en manos de funcionarios de una colectividad nacional, que se harían cargo de la dirección. En segundo lugar, desaparecería obviamente la así llamada anarquía de la producción, esto es, la competencia entre los empresarios. Ocurre particularmente en Alemania, que se habla mucho en la actualidad de que, en el fondo, como consecuencia de la guerra, nos encontramos metidos de lleno en el desarrollo de una tal «economía colectiva». Habida cuenta de esto, sera oportuno señalar que, atendiendo a la forma de su organización, la economía planificada de un determinado país puede asentarse sobre dos principios esencialmente distintos entre sí. El primero correspondería a lo que hoy se viene en llamar «estatalización», sin duda conocido de toda persona que trabaje en la industria de material de guerra. Se basa en una cooperación de empresarios de un sector, coaligados entre sí, con funcionarios estatales, tanto militares como civiles. Adquisición de materias primas, consecución de créditos, precios, clientela, todo ello puede quedar de esa forma absolutamente planificado y regulado, a la vez que se da una participación del Estado en las ganancias y en las decisiones de tales sindicatos. Se piensa entonces que el empresario actúa bajo el control de dichos funcionarios y que el Estado dirige la producción. Con ello ya se tendría, pues, el «verdadero», el «auténtico» socialismo, o se estaría camino de alcanzarlo. No obstante, en Alemania se reacciona con general escepticismo frente a esta teoría. No quiero detenerme ahora en la cuestión de cómo son las cosas en tiempo de guerra. Pero cualquiera que entienda de números vera que en época de paz no sería posible seguir llevando la economía como ahora, so pena de ir abocados a la ruina, y que una estatalización de esa índole, es decir, una sindicación forzosa de los empresarios de cada ramo y la intervención del Estado en dichos carteles, con una participación en los beneficios a cambio de conceder a aquéllos un pleno derecho de gestión, no significaría en realidad el control de la industria por parte del Estado, sino el control del Estado por parte de la industria. Y ello con resultados altamente contraproducentes. En tales consorcios se sentarían juntos los representantes del Estado y los industriales, que siempre superarían en mucho a aquéllos en conocimiento del ramo, formación comercial y capacidad de imponer sus propios intereses. En el Parlamento, en cambio, estarían los representantes de los trabajadores, que exigirían de dichos funcionarios estatales la consecución de salarios más altos, de una parte, y la de precios más bajos, de otra: al fin y al cabo, dirían, tienen el poder para hacerlo. Por otro lado, sin embargo, y para evitar la ruina de la hacienda pública, el Estado, que tendría parte en las ganancias y pérdidas de un consorcio así, estaría lógicamente interesado en mantener los precios altos y los salarios bajos. Finalmente, los miembros privados de los distintos consorcios esperarían de él que garantizara la rentabilidad de sus empresas. Un Estado que, en esta situación, actuara de ese modo, aparecería a los ojos de los trabajadores como un Estado clasista en el más puro sentido de la expresión, y dudo que eso pueda ser políticamente deseable; pero aún dudo más de si sería inteligente presentarles entonces a los trabajadores esa situación realmente como el «verdadero» socialismo, como muy fácilmente podría verse uno tentado a hacer. Pues los trabajadores se darían bien pronto cuenta de esto: que la suerte del obrero en una mina no cambia lo más mínimo porque la mina sea de propiedad privada o estatal. La vida de un minero en una mina de carbón del Sarre es exactamente igual que en una mina privada: si está mal dirigida, esto es, si es poco rentable, también a la gente le va igual de mal. Pero con la particularidad de que no se puede hacer una huelga contra el Estado y, por consiguiente, que aumenta muy considerablemente la dependencia del obrero en esta clase de socialismo estatal. Esta es una de las razones por las que la socialdemocracia se muestra reacia, en general, a esta «estatalización» de la economía, a esta forma de socialismo. Eso no es otra cosa que un consorcio tipo cartel. Lo decisivo sigue siendo el lucro. La cuestión de cuánto gana cada uno de los empresarios asociados en el cartel, del que ahora también forma parte la hacienda pública, sigue siendo el criterio que

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

